

# PALABRAS ANTE LAS TUMBAS DE LOS UNIVERSITARIOS MUERTOS

Octubre 9/63

Señores:

Alabado sea el jugo sabroso de la muerte, pues desyunta a los hombres de sus cargas y calma con sus fríos el calor de las fatigas; tierna amiga es la muerte, que aquietta el corazón y lo ablanda; buen reposo es la muerte que no admite sobresaltos; suave salmodia es la muerte, que discurre sin estridencias y es ella sola la más hermosa disonancia, la ruptura más brutal y más maravillosa de todo concierto.

Desde el hirsuto genio del viejo Eurípides los coros griegos toan un bronco cántico: "Puede que la vida sea la muerte, y la muerte sea la vida". Y lo que originalmente parece contradictorio, salta por encima de las leyes aristotélicas; porque el principio de contradicción, que estatuye el hombre, es, para Chestov y para nosotros, válido allí donde el hombre sienta su mando, pero se encanija y se disipa en haciendas en las que no labra el hombre; y "la vida no ha sido creada por el hombre, igual como tampoco el hombre ha creado la muerte" y aunque consiente ambos fenómenos, le son tan ajenos ambos que "para angustia del pensamiento humano se ignora cuando principia la vida y en qué instante comienza la muerte". No existe, entonces, una oposición auténtica a que la muerte, que disloca toda atadura, sea una vida nueva y liberada.

Y se destapa así una nueva perspectiva: la muerte apetecible en cuanto supremo descanso de sopores hondísimos en los que el tiempo no incomoda la nueva vida de la muerte que ya no es vida dolorosa como esta en la que nos agitamos, según la profesión antigua de Helenos y Judíos, o en cuanto tránsito impulsor de vida incesante y feliz de las creencias Cristianas. Los dos enjuiciamientos, epítome de las conjeturas sobre la muerte; los dos, dictámenes cordiales al hombre que edifica con ellos el hecho biológico de morir en su más genuina proyección: en su tranquilidad perenne, en su sosiego continuo, en su tregua incesable, en su más clemente traza. Por eso es codiciable la muerte, y envidiables son los que en ella se huelgan, tenientes perpetuos de la más fiel, la más deleitosa, la más leal, y la más dócil amante.

Esta devota convocatoria, que remunera sexmo de gratitud a los que con nosotros se arrimaron en la vida común de nuestra madre la Universidad, y que lustra, otra vez, las huellas que editó su muerte, frente al doloroso desgarrón de la fugaz carga el íntimo regocijo del amigo que sabe a su amigo en apacible descanso y en ello se solaza aunque nunca pueda percibir la afabilidad constante de su estancia diaria.

No soporta la soberana brevedad de este acto d'scriminación de los Universitarios muertos. A cada uno llega nuestro afecto como un ramo cariñoso de constancias; en cada uno avasalla el alma común de la Universidad; y en cada uno agotó lo mismo su savia la Universidad.

Aunque al cobijo penetrante de la tierra, madre más cosmopolita, más acogedora talvez, más democrática eso sí, más hospitalaria, más persistente, —profesores y alumnos muertos— bella síntesis de arado y surco hayan olvidado la madre más tímida, la Universidad, ésta, por ese dilecto egoísmo que es precioso definidor de toda maternidad, los memoria y los evoca.

Precisamente a dar reverente testimonio de ese amor nos allegamos aquí. La manida fórmula se robustece ahora: "Más dicente que la palabra es el silencio". Nada más el sonoro silencio difundido aquí lata las calificaciones de esta reunión: la palabra es apenas, el necesario introito a la unciosa meditación; ni caben los dividendos personales porque todos los Universitarios que aquí se tienden fueron vivos, vida de la Universidad, y son, muertos, vida de sus recuerdos, ni caben las larguezas oratorias porque rompen los recónditos estacamientos de las almas.

Acojámonos, pues, todos, en fervoroso silencio, a la enfática gravedad de este instante; y caiga sobre las tumbas de nuestros hermanos, "como rocío bienhechor", la tupida Sapiencia del discurso Bíblico: "Una suerte penosa se ha dado a todos los hombres, un yugo pesado abruma a los hijos de Adán desde el día en que salen del vientre materno hasta el momento de su retorno a la madre Universal. Desde que está puesto en trono de gloria hasta el que yace sobre tierra y ceniza; desde el que lleva la púrpura y la corona hasta el que va vestido de ásperas telas, no encuentra en la vida sino furor, envidia, turbación, inquietud, rivalidades, horrores y querellas. . . Y en el momento de su liberación se despierta el hombre asombrado de que toda su angustia haya sido vana".

Gonzalo Jimenez Gómez